



---

**RECENSIONES**

---

Jan PLAMPER, *The History of Emotions. An Introduction*, Oxford, Oxford University Press, 2015, 352 páginas, por **Antonio César Moreno Cantano** (Universidad de Alcalá)

---

En diciembre de 1939 un soldado alemán destinado en el frente polaco robaba tiempo a la guerra y le confesaba a su esposa: “Amada mía, llegará el día en que volvamos a vernos, en que te tome las manos, te diga que he vuelto y te prometa que nunca más me alejaré de ti, que la paz ha llegado y que podemos, al fin ser felices”<sup>1</sup>. En otras misivas, en diferente época y en distinto lugar, los combatientes republicanos españoles transmitían a sus seres queridos sus miedos, sus deseos...<sup>2</sup> Estas dos situaciones, recogidas en dos libros de reciente publicación, no pueden ser interpretadas ni comprendidas en su contexto exacto sin tener en cuenta las emociones (odio, miedo, ira, felicidad, tristeza...) que rodeaban a sus protagonistas. El propio autor de la obra reseñada, Jan Plamper, escribió años atrás un novedoso texto en el que ponía el acento en los temores que traslucían las cartas de los soldados rusos durante la Gran Guerra<sup>3</sup>. En la nueva historia cultural los procesos emocionales se han convertido en actores principales y un amplio sector de antropólogos, psicólogos, historiadores... reclaman un papel privilegiado de las mismas a la hora de aproximarnos a los sucesos del pasado. La prestigiosa Oxford University Press se ha hecho eco de esta demanda y creó en 2014 –en colaboración con dos de los más sobresalientes centros de investigación sobre las emociones, el *Max Planck Institute for Human Development* y la *Queen Mary. University of London*- la serie “Emotions in History”. Con títulos como *Emotional Lexicons. Continuity and Change in the Vocabulary of Feeling, 1700-2000*; y *Learning How to Feel. Children’s Literature and Emotional Socialization, 1870-1970*; pretende profundizar en la naturaleza multifacial de las emociones a través de la historia de la ciencia, la medicina, la psicología, la literatura, el arte, la política... Sin lugar a dudas, la obra *The History of Emotions*, es su más clara y reciente expresión. Profesor de Historia en Goldsmiths (University of London), Jan Plamper es una de las cabezas más visibles de la nueva oleada de investigadores (como Barbara H. Rosenwein, William M. Reddy o Peter Stearns) que están haciendo de las emociones el eje central de sus trabajos. En *Fear: Across the disciplines*, 2012 (junto a Benjamin Lazier), así como en decenas de artículos, ya avanzó las bases teóricas de este “nuevo campo historiográfico”. El interés por las emociones y su

---

<sup>1</sup> Marie MOUTIER (comp.), *Cartas de la Wehrmacht. La Segunda Guerra Mundial contada por los soldados*, Barcelona, Crítica, 2015, p. 53.

<sup>2</sup> James MATTHEWS, *Voces de la trinchera. Cartas de combatientes republicanos en la Guerra Civil española*, Madrid, Alianza, 2015.

<sup>3</sup> Jan PLAMPER, “Fear: Soldiers and Emotion in Early Twentieth-Century Russian Military Psychology”, *Slavic Review*, 68 (2), 2009, pp. 259-283.

aplicación histórica ha sido seguido muy de cerca en nuestro país, ya sea mediante la celebración de diferentes talleres o cursos (*Emociones: ¿un giro en Historia y Humanidades?*, 2013; o *Siento, luego existo: emociones históricas e historia de las emociones*, 2014); números monográficos en revistas especializadas, como *Cuadernos de Historia Contemporánea*, vol. 36 (se prevén otros a lo largo de 2015 en *Ayer* o *Historia Social*); o en las investigaciones de autores como Juan Pro, Javier Moscoso, Juan Manuel Zaragoza...

Todas las razones aquí señaladas, de entrada, justifican la aproximación a este título. El objetivo principal de Plamper es realizar una síntesis sobre el estado del conocimiento de la historia de las emociones desde un punto de vista neutral. No obstante, y como advierte, en ocasiones su opinión saldrá a relucir al analizar el uso “inapropiado” y excesivo que realizan algunas ciencias humanas de la terminología de la neurociencia a la hora de estudiar las emociones en la literatura y el arte (p. 8).

La obra se estructura en cuatro capítulos. Previamente hay una pequeña introducción desde la que se aproxima al lector –teniendo muy en cuenta que no tiene porque ser un especialista en el tema- al concepto de las emociones. Preguntas como qué son, quién las tiene, dónde se localizan, intentan ser respondidas desde las diferentes corrientes analíticas. Estas cuestiones no son algo baladí, pues la respuesta a las mismas difiere enormemente según se interpreten las emociones como una simple respuesta biológica de nuestro cerebro a un estímulo (a grandes rasgos lo que defiende el Universalismo) o sean determinadas culturalmente (teorías del Constructivismo Social). Antes de adentrarse en este apasionante y, a su vez, complejo juego (constituyen los dos capítulos más extensos y trascendentes), Plamper realiza un breve recorrido al origen del estudio de las emociones como ciencia histórica hasta llegar a la época actual. Como precursor se cita a Lucien Febvre, que ya en 1941 anunciaba que la mayoría de historiadores –incluidos los escépticos- sin ser conscientes de ello, “incluían las emociones en sus investigaciones” (pp. 40-42). En esta evolución, que se extiende hasta la gran expansión como consecuencia de los atentados del 11-S, se incluyen nombres de gran relevancia como Norbert Elias (creador de una nueva terminología para la descripción de la realidad emocional); Jean Delumeau (resaltando su precursora investigación sobre la representación e influencia del miedo en Occidente durante la Edad Media); el matrimonio Stearns (que consideran las emociones como una extensión de la historia social); o Barbara H. Rosenwein (acuñadora del concepto *Emotional Communities*, pequeños grupos sociales dentro de estructuras de mayor rango que comparten una serie de normas emocionales y estilos de expresión propios y diferenciadores).

El capítulo segundo profundiza en la interpretación que se realiza de las emociones desde el Constructivismo Social, en concreto desde el prisma de la antropología. A riesgo de pecar de simplismo, esta ciencia rechaza la idea de una cultura universal de las emociones, ya que dependen de cada civilización. Como señalaba Robert Levy, “los sentimientos son un producto cultural” (p. 95). Plamper expone de una manera muy sencilla (dentro de la complejidad de la cuestión), las teorías de los más influyentes estudiosos de la “antropología de las emociones”. Los trabajos sobre los “cazadores de cabezas” (Ilongots) de Michelle Z. Rosado concluían que la relación del “yo” con la sociedad se construía, no venía heredada (pp. 98 y ss.). Por su parte, Catherine A. Lutz argumentó en esa línea que la emoción era producto de un entorno humano dado y de un universo social caracterizado de sentido y valores (pp.

106-108). Voces discordantes con estos planteamientos procedieron de Anna Wierzbicka, que con su teoría de la “Culturally-Universal Natural Semantic Metalanguage” respaldaba la existencia de sentimientos universales e innatos para todas las civilizaciones” (p. 130).

Frente a estos planteamientos, en el capítulo tercero (el más largo y dificultoso en nuestra opinión) se ponen sobre la palestra la multitud de teorías –la mayoría de ellas procedentes de la psicología y la neurociencia- del Universalismo. Bajo el gran paradigma de que las emociones son el producto de complejos mecanismos físicos relacionados con nuestro cerebro y sistema nervioso, a modo de síntesis podemos resaltar –en virtud de la importancia que le otorga el autor del libro- los siguientes nombres e hipótesis. En primer lugar, Paul Eckman y sus seis emociones básicas, en respuesta a la expresión facial que genera cada una de ellas. Contribuyó a la puesta en marcha del programa antiterrorista SPOT, basado en el escaneo de los rostros de los pasajeros de los aviones. Profundizando en el funcionamiento cerebral, Schachter y Singer explicaron que los estímulos externos provocan una activación en nuestro cerebro (cognición) que determina la emoción que sentimos. Por tanto, y como reforzará el neurólogo Antonio R. Damaso, las emociones ocurren de forma automática, sin pensar. Uno de los investigadores pioneros en la aplicación de los términos y avances de la neurociencia al ámbito de las ciencias históricas ha sido David Freedberg, que ha indagado porque algunas representaciones artísticas –después de siglos- despiertan unas emociones precisas entre los que las visionan y en cambio otras no han logrado tal propósito. Todo este material se complementa con un rico soporte visual y un indispensable glosario, que ayuda a clarificar mucha de los conceptos empleados, más propios de un tratado de neurociencia y psicología que de ciencias históricas.

Finalmente, se analizan las nuevas perspectivas en la historia de las emociones. Recurriendo a las conclusiones de William M. Reddy, Plamper marca una de las vías a seguir en el futuro: tender un puente entre el Constructivismo Social en la antropología de las emociones con el Universalismo de la psicología cognitiva (p. 254). En sus valoraciones finales, el autor también nos avisa de que hay que ser muy cuidadoso con la aplicación, ligera y sin la formación necesaria, de los principios de la neurociencia a los estudios históricos, pues podríamos caer en un ejercicio de elitismo y pedantería terminológica que poco aportaría al análisis real del pasado.

Desde el punto de vista teórico e historiográfico el trabajo de Jan Plamper es impecable. Se constituye como una herramienta indispensable para conocer qué se investiga y qué se ha escrito desde los diferentes campos del saber sobre las emociones. Nuestra principal objeción, extensible a otras investigaciones de carácter generalistas como estas (por ejemplo, *Fear: Across the disciplines*), es el no establecimiento de una metodología clara sobre el trasvase de toda esta teoría al plano práctico. ¿Cómo escribir desde la óptica de las emociones? Se trata de una tendencia historiográfica demasiado reciente en la que aún quedan muchas ventanas por abrir.